

## ULTIMOS RESCOLDOS

y es así que me cubro,  
que veo descubrir las alacenas,  
los rinconcitos sagrados  
    –islas de Robinsón  
    sin aire–,  
los deshabitados escondites de juguete  
expuestos a la luz,  
donde ya no duerme nadie,  
donde ya nadie sueña  
en el olor profundo del espliego,  
donde la huella  
ardiente  
del huracán se estira  
repetiendo en la sombra      está vacío  
                                  está vacío  
está vacío...  
y yo sé que Dios olvida  
este recodo de láminas en blanco,  
que mira hacia delante  
tan cruel,  
tan amplio y tan ajeno,  
    pero es que son hileras  
de muertos,  
cadáveres de olvidos  
apiñados en la arena desnuda  
de un interminable naufragio,  
    que duermen los hombres  
con su rostro esquivo:  
petrificadas  
sonrisas sobre la mueca opaca  
de sus bocas,  
que no hay otra estación,  
otro destino  
donde gozar con fruición del equipaje  
                                  y así me empujo  
hacia el vértice temido,  
recorriendo la noche,  
las hogueras apenas encendidas,  
las estradas deshabitadas  
por la vegetación,  
    y se abre ante mí la horrible  
boca del abismo,  
el hondón sin nombre  
donde arden los últimos rescoldos  
de todos esos recuerdos.

ROBERTO ALBANDOZ

## AQUI

Aquí el dolor, la sed y su locura.  
Aquí la luz, el viento, la distancia;  
aquí, Señor, feroz, la circunstancia,  
la lágrima del niño, rota y pura.

Aquí, el beso dado, la espesura  
de unos años escasos de importancia,  
el humo de no ser y la jactancia  
de figurar mi tácita amargura.

Aquí, Señor, el surco, la retama,  
el vuelo de las aves, la pérdida  
partícula de un yo, que vive y clama.

Aquí, Señor, la vena suspendida,  
el fuego y la palabra que te llama.  
El llanto y la caricia redimida.

Pablo G. de Langarica

